

ENTIDADES E IDENTIDADES DÉBILES

Celia Cameselle
Juan Manuel Daponte
Manuel Lopo
José Antonio Muñiz
Psicóloga/ os (a secas)
Gabinete de Psicología Karma. Vigo.

“La grandeza es una experiencia transitoria. Nunca es consistente. Depende en parte de la imaginación humana creadora de mitos. La persona que experimenta la grandeza debe percibir el mito que la circunda. Debe reflexionar que es proyectado sobre él. Y debe mostrarse fuertemente inclinado a la ironía. Esto le impedirá creer en su propia pretensión. La ironía le permitirá actuar independientemente de ella misma. Sin esta cualidad, incluso una grandeza ocasional puede destruir a un hombre.”

De “Frases escogidas de Muad’Dib”

(Dune, de Frank Herbert)

Tomamos prestada esta cita de Herbert, y con su permiso –es un decir- cambiamos *grandeza* por *fortaleza*, para sugerir al lector los aspectos que nos interesa destacar del tema que nos ocupa:

a) Por un lado la carga social que lleva asociado el término *identidad*. Solamente entendemos la formación y evolución de la identidad a través de procesos de interacción social: somos *uno* por contraste con *otro*, nos percibimos como distintos por la existencia de otro. Más aun, somos *así* a través del reflejo que el otro nos devuelve de nosotros mismos. Quizá sólo seamos el mito que nos circunda, y que crea el otro a través de las relaciones que mantiene con uno (aunque no nos atrevemos a decir que no somos más que las relaciones que mantenemos).

b) Por otro lado, la “insoportable levedad” del adjetivo *débil*. La imagen que tradicionalmente se asocia con una personalidad fuerte, una estructura sólida (y rígida) de valores, una identidad “sin fisuras”... en un mundo cambiante puede tener resultados catastróficos, a nivel adaptativo: es el tipo de grandeza que puede destruir a un hombre; se nos antoja que una identidad superviviente ha de tener una gran capacidad de cambio para adaptarse a las cambiantes exigencias de un mundo cambiante. Y para ello se nos hace más atractiva la imagen de Zelig, aquel mimético antihéroe de Woody Allen al que florecía la barba sólo con acercarse a un grupo de barbudos, a cualquier gran líder mundial que esgrimiendo rígidos valores intachables arrasa naciones o razas enteras. Vemos más fortaleza en la débil abuelita que consigue movilizar a toda una acera para cruzar la calle, que en aquel otro que precisa reafirmar continuamente su identidad pisoteando la de los demás.

Sea lo que sea esto de la identidad, seguro que le va muy bien aquella coletilla de “bio-psico-social”. Por suerte, esta vez no tenemos que entrar en demasiadas cuestiones teóricas, y lo aprovecharemos para hablar de nosotros mismos y de algunas personas que (fugazmente) hemos conocido.

NOTA SOBRE LA IDENTIDAD DE LOS AUTORES

Está bien, lo confesamos, ya no podemos ocultarlo por más tiempo: tenemos identidades débiles. Parafraseando a Groucho Marx, partiendo de la nada hemos alcanzado las más altas cotas de miseria: cuando se inauguró el Gabinete de Psicología Karma en los primeros años de la década de los 80 la psicología era una profesión más desconocida que ahora, y sin embargo es ahora cuando están ocurriendo cosas que dejan nuestra identidad más de capa caída que nunca.

Como psicólogos de una entidad privada que siempre hemos hecho un poco de todo, vemos desarrollos normativos que parcelan nuestro quehacer, y nos preguntamos qué pasaría si (por imperativo legal) tuviéramos que dejar de hacer alguna de las cosas que hacemos. Aun así, esto no nos ayudaría a saber qué hemos estado haciendo hasta ahora; por eso tenemos trabajando a un grupo de reflexión, que de momento ha levantado acta de su creación, publicado un manifiesto y dos notas de prensa. Pero nuestra identidad tiembla, sin saber qué significa *psicólogo general en el ámbito privado*.

Como adscritos a la entidad de la Terapia Familiar, vemos proliferar por doquier *guías de tratamientos de elección, eficaces, bien establecidos...* en las que no aparecen datos que respalden la eficacia de nuestros métodos; esto nos hace sospechar que quizás otros datos conocidos que sí los avalan hayan sido producto de nuestra débil mente. Por eso tenemos trabajando a un grupo de reflexión para comprobar si esos datos existen. Hasta el momento dicho grupo ha llegado a dos conclusiones: “Es una temeridad leer todo aquello que contenga los términos *eficacia o evidencia*”, y (dolorosamente) “Los datos publicados tienen una validez proporcional al peso político-profesional del autor”. Nos preguntamos qué pasaría si por ley se nos obligara a practicar determinado tipo de métodos o técnicas: nuestra identidad tiembla, y solo piensa en rezar “que me toque un legislador sistémico, que me toque un legislador sistémico...”.

Como profesionales que se entrevistan con otras personas sobre algún sucedido o por suceder de la vida con la intención de hacer algo con ello, también nuestra identidad es débil: antes decíamos que en las entrevistas nuestra labor era ayudar a resolver problemas (o crear problemas resolubles); esta forma de enmarcar nuestro trabajo fue cambiando (hasta varias veces al día, en ocasiones) y comenzamos a usar otras: promover conversaciones para el cambio, explotar los recursos del propio cliente, cambiar las narraciones saturadas de problema... acompañar, dirigir, supervisar... Ahora cuando nos lo preguntan, siempre que podemos, preferimos no movernos en la escalera y dejarlo en un “depende”¹. Teníamos trabajando a un grupo de reflexión, pero se fueron de vacaciones y dejaron una nota que decía “intentaremos no volver”. A veces nos preguntamos qué pasaría si intentáramos contestar seriamente esta pregunta: nuestra identidad tiembla, pensando que para contestar tendríamos que escribir un libro, o

¹ Nuestra identidad gallega tenía que salir por alguna parte: depende de quien pregunte, depende de quien conteste, de la ocasión, de la conversación...

publicar otro con la lista exhaustiva de todos aquellos libros (incluidos los de ciencia-ficción), colegas y autores de los que nos consideramos deudores.

Hasta como formadores nuestros perfiles se desdibujan. El descenso de natalidad y otros factores que han vaciado la universidad han abonado el campo para la expansión de estudios de tercer grado que dotan al formando de una poderosa identidad acorde con los tiempos (y que, con honrosas excepciones, a la par que les forman les alejan de las miserias de la anomía reinante en las trincheras de la práctica). Habíamos creado un grupo de reflexión para comparar formación universitaria y formación desde el ámbito privado... pero se nos fueron a un master porque allí les dan créditos. Nuestra identidad tiembla, sabiéndose sin más privilegios que ofrecer lo único que tiene: mostrar lo que hace.

Y eso justamente haremos ahora: presentar una muestra de lo que hacemos.

“YO TEMPLANDO GAITAS Y ELLA AGUANTANDO MECHA: RECONCILIÁNDOSE CON LA VIDA”.

“La conversación es uno de los aspectos más importantes de la vida. Mantenemos una conversación constante con los otros y con nosotros mismos. A través de la conversación formamos y reformamos nuestras experiencias vitales; creamos y recreamos nuestra manera de dar sentido y entender; construimos y reconstruimos nuestras realidades y a nosotros mismos. Algunas conversaciones aumentan las posibilidades; otras las disminuyen. Cuando las posibilidades aumentan, tenemos la sensación de que podemos encarar lo que nos preocupa o perturba -nuestros dilemas, problemas, dolores y frustraciones- y lograr lo que queremos -nuestras ambiciones esperanzas, intenciones y acciones”.

(H. Anderson)

Es desarrollar este último tipo de conversaciones lo que pretendemos en nuestro trabajo cotidiano en contextos terapéuticos, escolares, institucionales y formativos. Lo hacemos específicamente con menores institucionalizados, mujeres maltratadas, hombres maltratadores, personas afectadas gravemente en accidentes laborales; lo hacemos en los problemas habituales con los que la gente acude a nuestra consulta privada o a los departamentos de Orientación o Psicología de Centros escolares, lugares en los que nos gusta contar con más personas de la familia aparte de con el “portador” del problema; trabajamos por lo tanto con seres humanos de distintas edades, aunque solo de forma esporádica y no específica lo hacemos con personas de la “tercera edad”.

Se nos plantea trabajar en “visita domiciliaria” con una persona de la tercera edad afectada por una enfermedad terminal. Teníamos la oportunidad de trabajar como no habíamos hecho antes.

Por cuestiones de tiempo fue Manuel Lopo el encargado² de atender esta demanda, y el trabajo se desarrolló sin equipo.

² Esta ha sido una de las experiencias más enriquecedoras profesional y personalmente que he tenido en mi trabajo. Cuando acepté llevar el caso no era consciente de esta posibilidad. Ahora pienso que fui el privilegiado que tuvo la suerte de trabajar con esta familia.

EL PRIMER CONTACTO

Nos llama por teléfono G. para informarse de si podríamos tener una consulta con su padre (M) de 80 años, que en este momento se encuentra hospitalizado por un cáncer de próstata; le interesa saber también cual es nuestra orientación terapéutica y nos dice claramente que su objetivo es buscar soluciones para las tensiones que hay entre sus padres y a para la baja “autoestima” del padre. Se le contestó que era posible siempre y cuando la jerarquía hospitalaria consintiera en ello. Al cabo de un mes aproximadamente vuelve a llamarnos para concretar una visita en el domicilio de sus padres, donde M. se encuentra actualmente encamado. Concertamos la visita e informa que ella estará en casa para recibirme, pero al día siguiente tiene que viajar.

1ª SESIÓN (CONVERSANDO CON M.)

M. quiere que lo levanten y lo sienten en una butaca que hay en la habitación que han preparado para él, no está cómodo en la cama articulada en la que se encuentra cuando llego. “*No sé por dónde empezar*”, me comenta después de unos minutos de conversación más o menos informal. Le digo que empiece por donde crea más oportuno y le pido permiso para interrumpirle cuando sienta curiosidad por algo que me haya dicho. Le cuesta trabajo hablar, me dice que la medicación le hace dormir más de lo que quisiera y quiere aprovechar el tiempo. Comienza a hacerme un relato de su vida (que vamos ordenando mientras hablamos), entremezclado con las ideas que tiene acerca de sí mismo.

“Durante mucho tiempo uno se cree muy valiente y no le tiene miedo a nada, y ahora de repente uno tiene miedo y se da cuenta de que es un cobarde”. Conozco, le digo, una buena definición de valiente: un cobarde al que no le quedó más remedio. M. sonríe.

“Tengo un cáncer de próstata de lo peor y no consiguen quitarme los dolores. No estoy muy contento, ni a gusto conmigo mismo. Cuando me casé yo tenía un buen trabajo en una buena empresa con un buen sueldo, pero el dinero aquí no llegaba. La familia de mi mujer era muy particular y me ofrecieron dirigir el negocio familiar (había hijos en edad de hacerlo pero querían que yo me hiciera cargo). Era un sector del que no sabía nada y no me apetecía. Conseguí independencia yéndome a trabajar a Madrid, pero mi familia quedó en Vigo (mi mujer C. y los hijos que fueron naciendo, 2 chicas y un chico). Fue peor, nos veíamos poco, no compartíamos aficiones (a C. le encantan las cartas, yo no jugué nunca), el sexo no funcionaba entre nosotros, tal vez por mi culpa, no nos comunicábamos”.

Le pregunto cuándo se casaron y al decirme que a finales de los años 50, le digo que por lo que sé el tema sexual era algo totalmente tabú en la sociedad española de esa época y que lo que predominaba era la ignorancia. *“Intenté hablarlo con médicos pero creo que eran más ignorantes que yo. Un jesuita con el que mantuve una conversación de más de tres horas me dijo que yo tenía un aspecto duro y otro sensible y entre estos aspectos me he venido debatiendo toda la vida. La verdad es que todos éramos muy ignorantes en aquel momento”.*

“Posteriormente me trasladé a Galicia también por motivos de trabajo, a un pueblo (importante) del norte, y empiezan los viajes de fin de semana a Vigo pero la situación con C. no mejora. La familia de mi mujer no podía separarse de ella, la querían con ellos y no conseguí llevar a mi familia a vivir conmigo. Además la sordera congénita en la familia de mi mujer la hizo aislarse en sus cosas cada vez más y más. Cuando me retiré

tenía la esperanza de que todo mejorase pero fue al contrario, no sabíamos convivir, no nos conocemos. No era capaz de llegarle.”

“En una ocasión invité a comer a casa a una señora a la que me une cierta amistad y que se encontraba muy triste por los problemas que tenía. Pensé que esto podría ayudarla y ayudarnos también a nosotros. A C. no le gustó nada y con una violencia extremada comenzó a decir que era mi amante y que ella ya sabía que yo había tenido otras amantes. No conseguí convencerla de lo contrario. Me siento un fracasado, no he conseguido entenderme con mi pareja, no he conseguido que mi familia viviera conmigo, mi profesión no daba el prestigio social que mi mujer esperaba. No me siento satisfecho con mi forma de ser “.

En ocasiones voy interrumpiendo su relato para que me ayude a completarlo, en otras pidiéndole disculpas por discrepar en algunos detalles³ con la intención de introducir pequeñas transformaciones (Sluzki, 1993) que posibiliten un nuevo relato de responsabilidades compartidas que eximan a M. de la responsabilidad total de la situación; esto favorecería la disminución del sentimiento de culpa que tiñe su historia.

De la misma forma que anteriormente se hizo con el tema sexual y con la intención antes señalada le pregunto por la relación con sus hijos; una gran sonrisa inunda su cara y me dice: *“Tengo una muy buena relación con los tres, se preocupan mucho por mí, es por esa preocupación por lo que nos encontramos hablando ahora”.* Le comento que algunas cosas ha tenido que hacer bien para que la relación con sus hijos sea así, aun cuando han pasado casi toda la vida separados; y sonriendo de nuevo me dice *“He sido un buen puente genético⁴, ninguno de los tres han heredado la sordera congénita de la familia materna y en su carácter se parecen más a mí”.*

Durante la conversación la enfermera que colabora en sus cuidados me pide permiso para ponerle un gotero de calcio que le ayudará con los dolores, mientras lo hace no para de alabar a M. comentándome lo buen enfermo que es, el sentido del humor que tiene y como, esté como esté, siempre tiene una palabra agradable para todo el mundo.

Aprovecho este comentario y cuando la enfermera sale de la habitación le pregunto:

¿Qué pasaría si hiciéramos una encuesta entre sus allegados sobre qué tipo de persona es?⁵ ¿Todas las opiniones serían como las de sus hijos y la enfermera? ¿No será M. que lo que quiere decir cuando dice que no está satisfecho con su forma de ser es que no está satisfecho con la vida que le ha tocado vivir? Realmente, le digo, esto último me parece más coherente con lo que me ha estado contando. Después de unos momentos de reflexión me dice que le parece interesante esa nueva forma de verlo.

Llevamos ya hora y media de conversación y le noto cada vez más cansado. Para terminar le pregunto si ha hablado alguna vez con C. en la forma en la que lo hemos hecho y me dice que sólo superficialmente.

³ Si sólo validáramos los relatos de nuestros clientes no habría posibilidades de transformación de esos relatos tenemos que ir haciendo pequeñas modificaciones en ellos que puedan ser aceptados, de forma que se abran nuevas posibilidades.

⁴ Esta sugerente metáfora utilizada por M. daría por sí sola para una buena conversación. La genética, no obstante, no contribuye a que se atribuya mérito personal alguno sobre las buenas relaciones con sus hijos. En otra ocasión con más tiempo por delante quizá hubiéramos tratado de transformar la historia para que el mérito (si dejamos aparte la “sordera”) no fuera de los genes.

⁵ Las preguntas reflexivas son un elemento técnico habitual en nuestro trabajo. Una completa exposición sobre el tema puede encontrarse en Tomm (1988).

¿Qué cree que le parecería a C. que tengamos los tres una conversación? y me dice que no ha puesto dificultades a que hayamos mantenido esta entrevista y que le preguntará. Concretamos una nueva cita y al despedirme le pido a también G. que hable con su madre en el mismo sentido. Nos despedimos puesto que se ausenta del país y quedamos en comunicarnos vía E-mail. Antes de mantener la segunda entrevista con M. me llamó G. para informarme que había hablado con la madre y que estaba de acuerdo en hablar conmigo y con su marido. Cree que vamos a poder hablar pero que la idea que tiene su madre respecto a la señora amiga de M. es algo que no vamos a poder ni tocar, ya lo han intentado todo y es imposible. Me da el teléfono de un hermano que vive en Vigo por si hiciera falta conectar con él.

2º SESIÓN (CONVERSANDO CON M.)

Me recibe C. de una forma que no deja lugar a dudas⁶, no tiene el más mínimo interés en que mantengamos la conversación a tres que yo había propuesto, ni siquiera me da pie a que se lo plantee. Ni menciono el asunto.

Me pasa a la habitación de M., que esta vez ya no se levanta de la cama. Comienza contándome más en detalle su amistad con la señora que provoca la ira de C. Me habla del carácter fuerte de ésta y cómo fue imposible convencerla de que no habían sido amantes, que nunca había tenido amantes, aunque ocasiones no le han faltado a lo largo de su vida. *“Tengo miedo porque estoy mal, pero también temo por C., por su soledad cuando yo no esté. Es una persona muy formalista”*. Le digo que no es mi costumbre ir de corbata, que quizá si hubiera vestido de otro modo a ella le hubiera gustado más. M. asiente. *“Tengo miedo de que le suelte un exabrupto”* Le digo que no se preocupe eso forma parte de mi trabajo y ya veré cómo hago, que hablé por teléfono con su hija y me informó que C. había planteado hacerse cargo de los cuidados a M. por la mañana⁷; le pregunto si esto implica un cambio y me dice: *“No confío en ello. No me basta con su presencia, necesito tener la sensación de cariño, de amabilidad. ¿Desde aquel momento? C. es muy brusca conmigo y nada que yo haga sirve para que cambie su actitud. Me he pasado toda la vida evitando los enfrentamientos con ella, quizá este haya sido otro error”*. Toda la vida templando gaitas le digo, y me contesta:

*“Yo templando gaitas y ella aguantando mecha”*⁷. Hablamos de la frialdad con que me recibió y de lo difícil que veíamos que accediese a mantener una conversación. Le digo que podría haber otras posibilidades y le pregunto:

¿Qué cree que pasaría si le pidiera disculpas a C. por no haber conseguido que vivieran juntos, en la misma ciudad, durante tantos años?.

“Puedo pensarlo pero de momento no creo que pueda hacerlo”. Quedamos en pensar los dos en otras posibilidades pero M. se queja de la medicación que le están dando porque no le deja pensar como él quisiera. Le comunico mi intención de hablar con ella mientras me acompañe a la puerta y le digo a M. que si hasta la próxima entrevista se le ocurre algo que pueda decirle a C. que permita que cambie su actitud con él, no dude en hacerlo o decirlo. Nos despedimos.

Cuando intento hablar con C. su disposición a que lo hagamos es nula, no es lo importante lo que me dice, sino la actitud distante y defensiva con que me lo dice.

⁶ Una vez más se manifiesta la importancia de estar atento a los aspectos no verbales de la comunicación.

⁷ Otra posible línea de trabajo la abierta por esta metáfora que se planteó en la conversación.

“Imposible, no ve que estoy ocupada” mientras me señala a sus amigas que la esperan para terminar la partida de cartas. Le digo que por supuesto no en ese momento, pero que creo mi deber decirle que considero interesante el que lo hagamos en algún momento.

3º SESIÓN (CONVERSANDO CON C., CONVERSANDO CON M.)

Me recibe C. en actitud bien diferente a la vez anterior, la felicito por su onomástica (es ese día) y le agrada; intercambiamos algunas palabras. Parece dispuesta a que hablemos, por primera vez entra en la habitación de C. en mi presencia. Les pregunto si prefieren que hablemos los 3 o que hable con C. y después ya veremos. De común acuerdo (M. lo propone y C. acepta gustosa) deciden que hagamos lo segundo. De camino a la salita en la que vamos a conversar C. me dice que ella no cree en los psicólogos y que esto no va a funcionar. *“Tengo una idea que no me va a cambiar”*; le digo que me parece muy bien que defienda sus ideas y que no pretendo que cambie nada, yo me encuentro allí porque así me lo han pedido su marido e hija y sólo pretendo hablar de cómo se siente M. y cómo se siente ella. *“Soy una persona de profundas creencias religiosas”* y para reforzar la idea me señala un pequeño altar con una Virgen en una esquina de una sala por la que pasamos camino de nuestro lugar de reunión. Le contesto hablándole de mi educación cristiana en un colegio religioso de la ciudad.

“Él me ha hecho algo que no le voy a perdonar, es imperdonable hacerme algo así, no tendría que haberlo hecho. ¿Sabe de qué le hablo? ¿le contó mi marido lo que me ha hecho?” Algo sé sobre ello, M. algo me ha contado sobre una señora amiga suya que a usted no le agrada.

“La conoció porque hacían una actividad juntos, le dio las llaves de esta casa y de la casa de la playa. Ella entró con su marido y me robaron joyas y dinero. Es imperdonable, no tenía que habérselas dado”. Valido su relato (supongo que hasta ahora lo que ha hecho toda la familia, incluido M., es decirle que eso no es verdad, con distintas variantes) preguntando: ¿habrá cambiado la cerradura?, mientras miro hacia la puerta de entrada que está a la vista desde el lugar en que estoy sentado. Contesta que sí en un primer momento, pero a lo largo de la conversación resulta que no la ha cambiado, dice tener la intención de hacerlo. Le pregunto si no le parecería conveniente también cambiar la cerradura de la casa de la playa y se muestra de acuerdo conmigo. La relación entre nosotros es más cordial y ella se encuentra a gusto para continuar conversando.

Se da cuenta, comento, que si yo fuera su confesor tendría que negarle la absolución por afirmación de no perdonar a M.. Tarda en reaccionar y lo hace modificando un poco su relato.

“Es imperdonable, no tenía que haberlo hecho, es algo tan grave que sólo puedo entenderlo si le hicieron o le dieron algo, tuvieron que lavarle la cabeza”.

Pero eso que me está contando le quitaría a M. al menos parte de la responsabilidad de lo ocurrido, le planteo.

“Él es buena persona, ha sido un buen padre y un buen marido, pero esto no tenía que haberlo hecho, yo no desconfío que él haya tenido una relación amorosa con esa señora, pero le dio las llaves de mi casa. Incluso alguna vez he visto cómo ella y el marido se reían de mí al pasar por delante de mi casa, o cuando yo me encontraba de

compras, dígame ¿ que hacían ellos allá?. Estoy muy dolida por esto. Son malas personas”.

Valido el dolor que hay en su corazón y el daño espiritual que ha recibido y le pregunto: ¿qué pasaría si M. le pidiera disculpas de corazón, con sentimiento? No contesta. Le digo que me estoy acordando de un viejo profesor⁸ que siempre preguntaba lo mismo cuando trabajaba con parejas:

“¿Cómo es que entre todas las personas del mundo acabaron ustedes siendo pareja?. Sería interesante conversar un rato sobre cuántas de esas cosas que los unieron están todavía presentes”. Le agradezco su tiempo y el haber sido tan amable de conversar un rato conmigo y le pido permiso para dedicarle un poco de tiempo a M.

¿Qué ha hecho a lo largo de estos días para que la actitud de C. hacia mí haya cambiado de forma tan radical? le pregunto a M. al entrar en su cuarto.

“Le he dicho que necesitaba ayuda y pareció entenderlo, no hemos hablado mucho, pero es algo”.

Le hago un pequeño resumen de lo hablado con ella. Tratando de abrir posibilidades (en la misma línea que en sesiones anteriores), le planteo que quizá debería pedir disculpas por algo que nunca hizo, o tal vez volver a hacer aquellas cosas gracias a las cuales consiguió enamorarla cuando eran más jóvenes, “¿hay alguna cosa que a ella le gustaría que ud. hiciera y no hizo nunca?”.

“Siempre quiso que yo pintara, pero ahora ya no tengo pulso, también tuvo la ilusión de hacer un crucero, pero eso ya no lo vamos a poder hacer”. Me contesta pesaroso que las cosas que a ella le gustaba que hiciera a él nunca le atrajeron demasiado.

¿Le hubiera gustado a C. Que ud. jugara a las cartas?¿ Podría pedirle que le enseñara? ¿Han rezado juntos alguna vez M.?

“Ella es católica ferviente y alguna vez hemos rezado juntos, pero ya hace mucho tiempo”.

No me va a decir M. que ella es ferviente católica y ud. ateo igualmente ferviente.

“Tanto como eso no, pero me tengo por agnóstico convencido”.

M., continuó, de agnóstico a agnóstico: si hay que rezar se reza

“París bien vale una misa, pero sólo estamos abriendo posibilidades ¿verdad?” me contesta”.

Efectivamente M., es lo que estamos haciendo, quizá ahora le toque a vd. pensar sobre ello, la conoce muchísimo mejor que yo, y tiene que haber muchas más cosas que a ella le sirvan de señal de que ella también puede cambiar, al ver que vd. lo hace”.

“Me cuesta mucho pensar, es la medicación para el dolor, han conseguido que no me moleste, pero me adormece mucho y cuesta mucho pensar”.

Hablamos de la posibilidad que él contempla de que le reduzcan la medicación y de alternativas para la reducción del dolor. Se interesa por el asunto y hablamos de hipnosis⁹ como una posible alternativa, siempre le ha atraído el tema pero no ha tenido

⁸ En realidad era una de las preguntas que se hacía con fines investigadores en los primeros tiempos del Grupo de Palo Alto.

⁹ Una interesante forma de trabajar que estamos aprendiendo y tratando de incorporar a nuestro trabajo algunos miembros del equipo.

oportunidad. Hablamos sobre la hipnosis, sobre sus ideas al respecto y sobre mi experiencia en ello y quedamos de hacer algo más adelante para intentar reducir el dolor y que su mente esté más clara para poder pensar.

Le planteo que siga en la misma línea que esta semana en su relación con C. e insisto que en la medida en que pueda vaya pensando en cosas que a ella le agradarían que él hiciera y a él no le importe hacer. Nos despedimos hasta la próxima cita, me dice bromeando que como dure mucho va a arruinar a toda la familia, le comento que ya los veo a todos pidiendo en la calle, M. sonrío.

Mantengo correspondencia vía correo electrónico con G. en la que le hago un breve comentario de cómo van las cosas, y ella me contesta que cree que su padre está dejándose llevar por la evolución de la enfermedad, le dice que va demasiado deprisa y que nota una barrera invisible entre ellos cuando ella le trasmite que tiene que luchar contra la enfermedad para salir adelante. No sabe (ni sus hermanos tampoco) si tienen que seguir empujándolo en este sentido o aceptar la decisión que parece haber tomado.

4ª SESIÓN (CONVERSANDO CON M.)

Cuando llego la enfermera me informa que está durmiendo; me ofrezco a volver dentro de 2 días pues tengo esa posibilidad. Me dice que dejó recado de que se le despertara si yo venía. Lo despierta y hablamos durante 20 minutos (las veces anteriores siempre lo hacíamos entre hora y hora y media), las dificultades para hacerse entender y entenderlo han aumentado sobremedida. El esfuerzo que hace es importante.

“Hemos hablado tranquilamente estos días, no hemos hablado nada de la señora con la que empezó el problema, no había esa violencia de la que ya hemos comentado”.

Le cuento que he recibido correo electrónico de su hija.

“Lo va a inundar “ me dice con una sonrisa de oreja a oreja.

Le digo que lo noto muy cansado, que descanse y le ofrezco venir en un par de días.

“Ese es mi problema, no tengo tiempo, llame por teléfono antes de venir, no vaya a venir hasta aquí y no podamos hablar”.

Le digo que no se preocupe por mí y que descanse. “Siga actuando con C. como últimamente, es posible que las cosas sigan cambiando”.

Al salir la enfermera me dijo que últimamente ya estaba así casi continuamente, que posiblemente la situación sea ya irreversible. Le escribo a G. comentándole cómo veo a su padre y cómo creo que las cosas han cambiado. A mi modo de ver M. está más en paz consigo mismo.

Cuando llamo, C. me dice que la situación permanece igual, M. apenas habla y no merece la pena que me acerque. A los pocos días encuentro en el contestador del despacho un mensaje en el que G. me informa de la muerte de M, y de cómo antes de su muerte consiguió que su madre siguiera hablando con él aunque su padre ya no hablaba. En un correo electrónico posterior quedamos en intercambiar pareceres cuando vuelva a España en los próximos meses. Le informo que voy a presentar este trabajo en un Congreso¹⁰ (ya lo había comentado y contaba con el beneplácito de M.) y que podríamos

¹⁰ Este trabajo fue presentado en su forma original en un Taller del Congreso de la Asociación Galega de Xeriatría e Xerontoloxía, Pontedeume 2002.

comentarlo. Me contesta diciendo: *“A mi padre le gustaba tanto ayudar que ésta será otra forma más en la que él puede ayudar a otros a través de ti en fin, estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mi familia. Irse de este mundo en paz es el mejor regalo que podemos hacer por nuestros seres queridos”*.

REFLEXIONES SOBRE LA PRÁCTICA

“La muerte de un paciente supone una de las situaciones más difíciles que debe afrontar un médico¹¹. Al mismo tiempo, la negociación de esta etapa puede ser también una de las experiencias más enriquecedoras de la práctica médica¹², pues la intensidad emocional de este proceso conmueve de forma tan profunda al paciente, la familia y los cuidadores que tiene efectos terapéuticos sobre todos los que participan. La certeza de una muerte inminente puede facilitar la resolución de conflictos personales o interpersonales anclados en etapas anteriores del ciclo vital. Por supuesto, esa misma intensidad emocional puede resultar traumática o generar una disfunción de larga duración en aquellas familias incapaces de elaborar las dificultades que se derivan de la pérdida de uno de sus miembros”.

(S. McDaniel, T.L. Campbell y D. Seaburn, 1998)

La más importante, quizá la única diferencia, con la que me he encontrado trabajando en esta ocasión es que el objetivo planteado, en términos generales, era el de prepararse para la muerte. Normalmente en nuestro trabajo cotidiano el objetivo, también en términos generales, es que la vida de nuestros clientes sea más vivible: salir de una tremenda apatía, no tener esos malditos ataques de pánico, recuperar (empezar) una sexualidad satisfactoria con mi pareja, controlar la conducta de nuestro hijo adolescente, conseguir salir de casa, reiniciar la vida después de un accidente en el que perdí una pierna, sacarme de encima los abusos que he sufrido. Todo en busca de una vida más vivible. En esta ocasión lo importante era reconciliarse con la vida para llegar al momento de la muerte con la sensación de haber dejado las cosas en orden, con la satisfacción de haber hecho las cosas (al menos) medianamente bien.

Cuando nos preguntan cómo trabajamos nos gusta contar que siempre que podemos lo hacemos orientados al futuro, en esta ocasión acabó siendo un futuro tan cercano como difícilmente útil a la hora de trabajar.

La clave quizá haya estado en el supuesto de partida que la primera conversación con M. nos llevó a utilizar: “el cómo las personas cuentan el problema, es el problema” y pensamos que esa fue la mejor contribución que pudimos hacer a M., ayudarle a contar su historia de una manera menos culpabilizadora consigo mismo.

El trabajo con C. ha tenido más que ver con maniobras estratégicas¹³ pero con la misma intención que con M.: facilitar un cambio en el relato que lo hiciera menos restrictivo. Pensamos que el haber facilitado esta variación en el relato ha podido ayudarla a ella a

¹¹ Creo que si cambiáramos la palabra “médico” en todo el párrafo por profesionales de la salud, estaríamos incluídos un mayor número de profesionales que nos encontraremos cada vez más con estos procesos en nuestro trabajo.

¹² Véase la nota anterior.

¹³ Una buena exposición de estos procedimientos se puede encontrar en J. Haley (1966)

despedirse de su marido en una forma más adecuada a cómo se podría derivar de la situación en la que estaba¹⁴.

A través de la correspondencia con G. hemos intentado intervenir con ella y sus hermanos tratando de compaginar las necesidades de M. con las de ellos. Tenemos constancia, como ya hemos señalado anteriormente, que también ellos percibieron nuestras intervenciones como una ayuda. Cuando G. tuvo la oportunidad de leer este trabajo, me hizo saber que le había hecho reflexionar y descubrir un bloqueo que tenía desde el fallecimiento de M., me señaló su intención de venir a España porque “necesito completar algo con mi madre y mis hermanos “, y me relató la reacción de M. ante una historia que ella le contara telefónicamente aquellos días:

“Un día Dios le dice a un hombre: ‘quiero que empujes esa piedra inmensa que hay en tu jardín’. El hombre accedió sin rechistar. Pasaron los días, las semanas y los meses y el hombre seguía empujando la piedra que no se movía ni siquiera una milésima. Pasó el tiempo y el hombre desesperado por no haber hecho ningún progreso, abandona la misión que Dios le encomendó. En este momento Dios se le aparece de nuevo y le dice: ‘No te dije que movieras la piedra, simplemente que la empujaras. ¡Mira cómo, a través del esfuerzo que has hecho, te has transformado! Observa los nuevos brazos robustos y poderosos que tienes, tus piernas potentes y fuertes, la paciencia que has desarrollado....’”

“Al oír esto mi padre se identificó completamente con la historia y exclamó: “¡Esa piedra es tu madre!” .Gracias a esa **pedra** y a la lealtad que mi padre tenía hacia mi madre y a quien era, han hecho de él una persona muy especial”.

NOTA FINAL

Por cierto, el proceso que acabamos de exponer es atípico en varios sentidos. Uno de ellos es la ruptura de esa dichosa manía, esa tendencia enfermiza a trabajar en equipo, que no se explica más que como inseguridad profesional. Nuestra debilidad no alcanza a comprender cómo cuatro personas pueden mantener sonoras diferencias en ciertos aspectos y visiones, y sin embargo colaborar sin problemas en el trabajo diario (del tipo que sea). Aunque en determinadas circunstancias trabajamos individualmente, siempre que podemos lo hacemos en equipo. Nunca nos hemos preguntado qué pasaría si cambiásemos esta filosofía. Tampoco hemos creado un grupo de reflexión al respecto, por si acaso: no vayan a descubrir algo. Posiblemente nos aburriésemos, a lo cual nuestra identidad tiembla de nuevo, y mientras tanto, vamos entrando en calor... Así sobrevivimos; como el junco ante la tormenta (¿alguien recuerda qué le pasaba al roble en la historia?, cielo santo, hasta nuestra memoria se torna débil...) nos inclinamos ante las adversidades, les damos la bienvenida y esperamos que nos fortalezcan.

No es casualidad que en este escrito no aparezca el término “CÍNICO”: palabra que lo hemos intentado, pero la “L” se nos cae una y otra vez (lo cual es evidente en la línea anterior). Hemos preferido utilizar eufemismos y circunloquios más acordes con nuestra falta de identidad al respecto.

¹⁴ Muchos/ as conocedores de los modelos de la Terapia Familiar estarán pensando cómo se pueden mezclar maniobras estratégicas y narrativas que “como bien es sabido, están peleadas y son incompatibles”, quizá también sea este un dato sobre nuestra débil identidad.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson H. "CONVERSACIÓN, LENGUAJE Y POSIBILIDADES : UN ENFOQUE POSMODERNO DE LA TERAPIA" Amorrortu 1997

Haley J."ESTRATEGIAS EN PSICOTERAPIA" Toray 1966

McDaniel S., Campbell T.L. y Seaburn D. "ORIENTACIÓN FAMILIAR EN ATENCIÓN PRIMARIA" Springer 1998

Sluzki C. "TRANSFORMACIONES : UNA PROPUESTA PARA CAMBIOS NARRATIVOS EN PSICOTERAPIA" Revista de Psicoterapia Vol.6 nº 22/23 1993

Tomm K. "LA ENTREVISTA COMO INTERVENCIÓN" Terapia Familiar Lecturas 1 Publicaciones Universidad de Salamanca 1988